Revista Agustiniana 175-176 (2017) 189-202

A PROPÓSITO DE LA TENTACIÓN Y EL MAL EN EL PADRE NUESTRO, SEGÚN SAN AGUSTÍN

ELEVÍ SANTOS ZAVALETA

EL SER HUMANO SUJETO A LA TENTACIÓN

Muchos comentadores en la red informática mundial [1] afirman que en los inicios del siglo XXI los éxitos de la ciencia y la tecnología son maravillosos, los cuales proporcionan una gran capacidad para explicar, controlar y transformar el mundo en que vivimos [2]. El proyecto científico-técnico se convierte en una fuerza social activa que influye determinantemente en todos los aspectos de la vida humana: la producción, intercambio, consumo, modo de vida y la cultura en general. Pero, el hombre sigue con sed de felicidad, búsqueda de la verdad y necesidad de una vida espiritual. Del ser humano como sujeto en el mundo se dice:

> El hombre valora por sí mismo su participación en el proceso del mundo no simplemente en relación con los fenómenos, que de hecho actúan sobre él, como estímulos psicológicos, sino también en relación con el principio general de toda actividad, con la idea del ser digno e indigno, es decir, con la idea del bien y del mal (...) Esta conciencia superior o intrínseca valoración de sí sitúa al hombre en una relación determinada con la totalidad del proceso del mundo, en cuanto partícipe activo en sus fines (Soloviev, v. 2012, pp. 82).

1 Términos que significan el internet y que tienen su origen en las siguientes palabras de la lengua inglesa: *World Wide Web (WWW)*.

2 Esta información sobre el éxito que ha tenido la ciencia y la tecnología en el siglo XXI en la vida humana es recuperado de: https://www.itu.int/net/wsis/stocktaking/docs/activities/1103547250/sociedad-informacion-sigloxxi-es.pdf

Según el libro del Génesis, primer libro de la Biblia: "Dios modeló al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente" (Gén 2,7). Es un ser existente en la carne. Este ser viviente en la tierra participa de toda clase de dificultades y limitaciones. Todas las preocupaciones y las obras históricas están marcadas con el estigma de la mortalidad. En ese sentido dice el libro del Eclesiástico: "¿Qué saca el hombre de todos los trabajos y preocupaciones que le fatigan bajo el sol?" (Ecl 2,22); pues, el ser humano no puede abarcarlo todo ni transformarse del todo en un ser autosuficiente y soberbio, porque hasta los mayores genios en las ciencias, en las artes, en los deportes, en la política, incluso los hijos de la contestación radical del sistema social actual, necesitan comer, beber, descansar, dormir, sonreír y reflexionar.

Sin embargo, este mismo ser humano habitado por las tentaciones, y destinado a la muerte; aspira a la misericordia de Dios. Él o ella no se contentan con la pequeñez de las cosas terrenales; sobrepasa todas las limitaciones, las tentaciones y aspira a una vida feliz, en la verdad, la paz y la caridad en Dios. Y no es cuestión de voluntad, sino de un impulso que domina el ser humano y le hace tener hambre de la felicidad infinita y sed de Dios (Sal 42,2). Este modo de ser humano se denomina: existencia en el espíritu o vida espiritual. Según el cuarto Evangelista: "sólo el Espíritu da vida" (Jn 6,63).

Por lo tanto, la estructura objetiva de un mismo ser humano se constituye entre: la vida en la carne y, a la vez, la vida en el espíritu; es decir, el hombre es un ser desequilibrado. Por un lado, circunscrito en unos límites, caduco y sujeto al suelo; pero inclinado a lo ilimitado; que se alza hasta las estrellas y es sujeto de Dios. Según Pablo de Tarso: "la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne" (Gál 5,17); el principio de la carne, "no es ni un organismo físico ni siguiera un alma animal como tal, sino sólo la suscitación en esta alma de la corriente contraria a la conciencia superior, que trata de dominar y sumergir en el proceso material los gérmenes de la vida espiritual" (Soloviev, V. 2012, pp. 83).

El ser humano puede construir un proyecto de vida iluminado en el principio de la carne, cuyos resultados de lo proyectado se concretizan en: "fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, ambición, divisiones, disensiones, rivalidades, borracheras, comilonas y cosas semejantes" (Gál 5,19-21). En efecto, el mal se historifica en las prácticas sociales encaminadas al deterioro del tejido social, desintegración de las familias, desilusiones de los seres humanos; injusticias institucionalizadas.

> La carne (...) es fuerte sólo por la debilidad del espíritu, y vive únicamente a costa de la muerte de este último. Por eso, el espíritu, para poder conservarse y fortalecerse, exige el debilitamiento de la carne, su reorientación de un estado activo a uno potencial. Este es el sentido real que hemos establecido anteriormente de la norma moral, esto es, del principio básico que dice que la carne debe estar sometida al espíritu (Soloviev, V. 2012, pp. 84).

Pero, también es posible construir un proyecto personal de vida iluminado por el principio del espíritu, es decir, las metas de este proyecto tienen como objetivo la vida en Dios. Los frutos de este proyecto se exteriorizan en: "amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, modestia, dominio de sí" (Gál 5, 22-23). Los resultados de lo proyectado se evidencian en un compromiso con Dios, con los hermanos y consigo mismo; buscando una convivencia justa, promoción humana y comunión de todos y todas en la escuela de Jesús.

San Pablo de Tarso dice: "aunque quiera hacer el bien, es el mal el que me sale al encuentro. Por una parte, me complazco en la ley de Dios, como es propio del hombre interior; pero, a la vez, advierto otra ley en mi cuerpo que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mi cuerpo" (Rom 7,21-23). Ahora bien, el mal no consiste en tener tentaciones, sino en secundarlas.

El mal en la historia

El mal existe en la historia porque existe la tentación y los seres humanos hemos caído en ella. En esta perspectiva, el mal es la traición a los dictámenes de la conciencia, es desobediencia a la voz de Dios, que generalmente se deja oír por la lectura de la Sagrada Escritura o mediante el análisis de los signos de los tiempos.

El mal tiene la característica de una estructura: se organiza en un sistema de transformaciones que dan unidad y coherencia, totalidad y autorregulación a todos los procesos, manteniéndolos dentro de los límites de un sistema. Así, los actos malos son expresión de estructuras previas, de las que pueden apropiarse las personas en la propia existencia y las convierten en verdaderos proyectos de vida, pasando así al terreno de la práctica pecaminosa en la familia y en la sociedad.

En las tradiciones del Padrenuestro del evangelio, según san Mateo, se encuentra: "líbranos del mal" (Mt 6,13). El mal crea su propia histo-

ria, sus mecanismos de producción, alcanzando una relativa autonomía y ejerciendo su poder sobre cada uno de nosotros, hasta el punto de esclavizarnos (Marrou, 1959). En nuestra época, se vive una situación de deterioro social, violencias, desesperanzas, y descomposición de las familias; el cuarto evangelista canónico lo define como el "pecado del mundo" (Jn 1,29).

A este propósito, conviene aclarar que el pecado del mundo no significa el mundo como pecado[3]; porque el mundo es una criatura buena de Dios. Según Pablo de Tarso, la creación quedó contaminada por la maldad histórica del hombre: "por un hombre entró el pecado en el mundo y, por el pecado, la muerte" (Rom 5,12). De modo que, este mundo tal como se encuentra es contrario a Dios, produce muerte, y desconocimiento del Hijo de Dios. Este sentido de la palabra "mundo" no se refiere a la creación de Dios; dice san Agustín:

> ¿Qué es lo que embellece el mar? Todo cuanto repta. ¿Y que adorna la tierra? Los animales, los árboles, las aves. Todos estos seres se hallan en el mundo y Dios los hizo. ¿Por qué no he de amar lo que hizo Dios? Que el Espíritu de Dios more en ti, para que veas que todos esos seres son buenos, pero ¡ay de ti si amas a la criatura y abandonas al Creador! Son para ti realidades bellas, pero ¡Cuánto más bello el que les dio forma! (...) También se llama mundo a sus habitantes, igual que se llama casa tanto a las paredes como a quienes la habitan (...) Ahora no alabamos alas parees, sino a las personas que habitan en su interior aunque se llame casa a lo uno y a lo otro. Todos son, pues, amantes de este mundo porque habitan en él por amor a él; de igual manera son habitantes del cielo aquellos cuyos corazones están en lo alto, aunque con el cuerpo caminen por la tierra (Ep. Io. 2, 11.12).

La gravedad del mal está en que se constituye en estructura o situación de maldad y se perpetúa en la historia. En esta perspectiva la situación de maldad tiene un grado de independencia y de objetividad; el pecado no es sólo personal, es principalmente social e histórico. La estructura es el

3 San Agustín, en el comentario a la *Epistolam Ioannis*, explica en dos ocasiones el sentido de la palabra "mundo", a saber: "mundo se emplea también para designar la tierra entera en su plenitud, como dice el mismo Juan: Él es víctima de propiciación no sólo por nuestros pecados, sino también por los de todo el mundo (1Jn 2,2). Aquí mundo equivale al conjunto de los fieles esparcidos por todo el orbe; en cambio, tomado en su acepción negativa son los amantes del mundo. los que aman al mundo, no pueden amar al hermano" (Ep. Io. 5,9).

"complejo de circunstancias en que alguien se encuentra en un momento determinado; la estructura está alrededor de una persona (...) y la envuelve" (Schoonenberg, P, 1977, 684-694).

Los pecados no mueren con las personas, estos se perpetúan por las acciones que sobreviven a los individuos, tales como las instituciones, las normas morales, las discriminaciones raciales, injusticias contra determinados grupos y clases humanas; esta situación surgida históricamente perpetúa vicios y se vuelve fatalidad para quienes nacen dentro de esta situación (Capánaga, 1974). Por ejemplo, cuando un ser humano viene a este planeta tierra, se encuentra situado en un ambiente vital, independientemente de sus decisiones; y de ese modo participa del pecado del mundo, acrecentándolo con sus propios males personales en la medida en que se apropia y acepta la estructura o situación.

Históricamente, por un lado, el ser humano resulta ser víctima del pecado del mundo, y por otro, se convierte en agente de este mismo pecado mediante sus males personales. De ahí que, san Agustín diga que todos somos pecadores y necesitamos de Jesucristo, nuestro Redentor. En términos bíblicos, si grande es la solidaridad con el viejo Adán, mayor lo es con el Nuevo, pues "donde abundó el pecado sobreabundó la gracia" (Rom 5, 20b). Pero, un ser que vive en el tiempo no puede ser completamente lo que está implicado en su concepto. Esto es, si somos pecadores podemos alcanzar la redención de hijos de Dios.

Nota sobre la idea del mal en san Agustín

El ser humano siempre se plantea la cuestión sobre el porqué del mal, y llega a la extraña conclusión de que existe un principio del mal, que los dioses tienen en ello parte de responsabilidad; pero, otros concluyen que sólo existe el principio del bien del cual proceden todos los demás bienes espirituales y corporales[4]. Agustín de Hipona es uno de ellos que responde a dichas cuestiones sobre el porqué del mal en la historia, en su obra "De Natura Boni", y lo explica a partir del principio del bien:

4 San Agustín dice que: "como todas las cosas que Dios no engendró de sí, sino que las hizo por su Verbo, no las hizo de cosas que ya estaban hechas, sino de lo que no existía de ningún modo, es decir, de la nada, por eso se expresa así el Apóstol: El cual llama a las cosas que no son para que sean" (De natura Boni, 26, 1).

> Dios es el supremo e infinito bien, sobre el cual no hay otro: es el bien inmutable y, por tanto, esencialmente eterno e inmortal. Todos los demás bienes naturales tienen en él su origen, pero no son de su misma naturaleza (...) Es tan omnipotente, que de la nada, es decir, de lo que no tiene ser, puede crear bienes grandes y pequeños, celestiales y terrestres, espirituales y corporales (De Natura Boni, 1).

Según el Hiponense, de Dios [5] proceden todos los bienes, grandes y pequeños [6]: Él es el principio de todo modo, el principio de toda belleza, el principio de todo orden. Así, "donde se encuentran estas tres cosas en grado alto de perfección, allí hay grandes bienes; donde la perfección de esas propiedades es inferior, inferiores son también los bienes; donde faltan, no hay bien alguno" (De Natura Boni, 3,3); afirma también que: "la naturaleza es siempre buena en cualquier circunstancia en que se encuentre, mientras conserve la medida, la belleza y el orden. Dejará de ser buena si pierde totalmente la medida, la belleza y el orden porque en ese caso dejará de existir" (9,2); y en palabras conclusivas de san Agustín, el mal es la corrupción de la medida, de la belleza y del orden.

El mal tiene un rostro definido en la Sagrada Escritura, aunque use siempre máscaras y disfraces. En el Antiguo Testamento aparecen tales encarnaciones de poderes políticos que se levantan contra Dios y su pueblo santo. Así pues, se presentan las características sobre el tirano del fin de los tiempos, el gran adversario de Dios "blasfemará contra el Altísimo y perseguirá a los santos" (Dan 7,25).

El Nuevo Testamento proyecta la figura del anticristo, "habéis oído que vendría un Anticristo; y la verdad es que han aparecido muchos anticristos" (1Jn 2,18-19). Al respecto de los anticristos dice san Agustín: "todos los herejes, todos los cismáticos salieron de entre nosotros, es decir, salen de las filas de la Iglesia; pero no saldrían, si fueran de los nuestros. Antes de salir, no eran de los nuestros, pues muchos que están dentro y no han salidos son anticristos (Ep. Io. 3,4). Según san Agustín:

5 En palabras de san Agustín: "el sumo o soberano Ser tan sólo puede tener como opuesto al no ser, y por eso, así como por Él existe todo lo que es bueno, así también por él existe todo lo que naturalmente es o toda naturaleza, porque todo lo que naturalmente existe es bueno" (De Natura Boni, 19,1).

6 En otro texto de la misma obra confirma esta idea, "Es absurdo que los grandes bienes provengan de un principio y de otro distinto los pequeños; pues unos y otros, grandes y pequeños, tienen su origen en el sumo y soberano Bien, que es Dios" (De Natura Boni, 7,2).

> "¡cuántos perjuros, defraudadores, hechiceros, consultores de adivinos, adúlteros, borrachos, usureros, traficantes de esclavos tiene la Iglesia y los incontables que siguen cualquier conducta errada! Ahora bien, como la Palabra de Dios es el Cristo, todo lo que es contrario a la Palabra de Dios cae dentro del concepto de anticristo" (Ep. Io. 3,9).

La existencia del mal descrita en la Sagrada Escritura se determina en quien no ama a su hermano (1Jn 3,10), y se revela como hijo del diablo, al igual que Caín, "que, al ser del maligno, mató a su hermano" (1Jn 3,12). Con todo, el mal sería un ente espiritual que por definición es el "tentador" (Mt 4,3), el enemigo (Mt 13,39), el gran dragón (Ap 12, 3), la serpiente (Ap 12,9), el mentiroso (Jn 8,44), el diablo (Mt 13,39), Satanás (Mc 3,23), Belcebú (Mt 12,24), el jefe del mundo (Jn 12, 31). El mal es causante de la mentira, del odio, de las enfermedades y de la muerte (Mc 3,23-30).

Es más, ante las situaciones desfavorables de las personas en la sociedad, parece que hubiese fuerzas disgregadoras de la sociabilidad, matizadas con ideologías de poder, dominación; y perpetuadas por los portadores de estas ideologías en la historia. Frente a esta situación pecaminosa, dice San Agustín de Hipona (410), el pecado no es obra de Dios, sino de la voluntad de los seres humanos; y "el pecado no es deseo de naturalezas malas, sino abandono o renuncia de otras mejores o más perfectas" (De Natura Boni 34,1). En efecto, los pecados no conservan la naturaleza, sino que la vician y corrompen (34,2).

Es importante no ocultar la gravedad que causa el mal en la historia; ya que pudo eliminar a Jesucristo cuando apareció encarnado (Galindo, 2006). El mal no se entiende de una manera abstracta, ni como un principio fuente de todos los males en la historia; sino que, es una fuerza maléfica, que asume una consistencia metafísica objetiva en el mundo. Y, el ser humano no se resigna, y con todas sus fuerzas busca que Dios manifieste su rostro en su angustia, que algunos consideran al dolor como uno de los males. Pero, san Agustín afirma:

> El mismo dolor, que algunos consideran como el principal de los males, ya se dé en el alma o en el cuerpo, no puede existir más que en las naturalezas que de por sí son buenas. En efecto, todo lo que resiste al dolor rehúsa en cierto modo no ser lo que era, porque era algún bien. Mas el dolor es útil cuando fuerza a la naturaleza a ser mejor; pero si la conduce a ser menos buena, entonces es inútil (De Natura Boni, 20).

Realmente, la búsqueda de la consolación y el sentido del sufrimiento son dos grandes cuestiones antropológicas estrechamente relacionadas. En el sentimiento del ser humano subyace la idea de que Dios no quiere la muerte y proclama "basta ya de sufrir". Pero, el creyente, al mismo tiempo que reconoce en Dios el origen de la bondad y del consuelo, se desespera en la aflicción y suplica a Dios ¡no nos dejes caer en tentación y líbranos del mal! El Hiponense explica el sentido del dolor mediante la parábola de la herida del cuerpo: "tratándose del cuerpo, mejor es la lesión o herida con dolor que la putrefacción sin dolor, que propiamente se llama corrupción" (20, 3). Además, dice:

La Escritura de Dios nos dice breve y verazmente: Bienaventurado es el pueblo cuyo Dios es el Señor. Para permanecer dentro de ese pueblo y para contemplar a Dios y para que podamos vivir con El sin fin, el fin del precepto es la caridad del corazón puro, de la conciencia buena y de la fe no fingida. Al numerar las tres propiedades, se coloca la esperanza en lugar de la conciencia buena. Por lo tanto, la fe, la esperanza y la caridad conducen a Dios al que ora, es decir, al que cree, espera y desea, y advierte en la oración dominical lo que ha de pedir al Señor (Carta 130,13).

Desde el inicio, un latido palpita en la religión católica mediante la Oración del Padre Nuestro. Se trata del deseo de ver el rostro de Dios. Un rostro deseado, entre otras cosas, porque la cara de Dios desprende belleza y amabilidad. Su misericordia y bondad irradian luz y consuelo a los ojos cansados de los seres humanos. Al mismo tiempo, en la oración que Jesús enseñó a sus discípulos, evoluciona la idea de que existe una estrecha relación entre la humanidad y la divinidad. De esa manera se rubrica la legítima aspiración humana de felicidad y consuelo en Dios su Creador. "Y Tú mismo eres quien le estimulas para que encuentre deleite en alabarte, porque nos has creado orientados hacia Ti, y nuestro corazón estará intranquilo hasta que descanse en Ti" (Conf. 1,1).

Las tentaciones de Jesús de Nazaret y su victoria sobre el mal

El hecho de las tentaciones de Jesús de Nazaret revela al Hijo de Dios, encarnado y despojado de su divinidad e identificado con las limitaciones humanas. Él no se apropió de una naturaleza abstracta, sino que "el Verbo se hizo carne" (Jn 1,14). Es explícito en los textos evangélicos de la Sagrada Escritura que: "Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo" (Mt 4,1s; Lc 22,28). Según san Agustín de Hipona, dichas tentaciones revelan la fortaleza del Mesías ante las apetencias de los amantes del mundo, estos deseos consumados de los seres humanos son:

la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la ambición del mundo (Ep. Io, 1,12).

Con palabras de san Agustín de Hipona se explica las tentaciones de Jesús de Nazaret en el contexto de los placeres que ofrece el mundo. Primero, concupiscencia de la carne relacionada al comer, beber y otros. "Pero que haya mesura en esas cosas en atención al Creador, para que no les aten con ese amor. No améis para gozar de ello, algo que debéis tener sólo para usarlo" (Ep. Io. 1,12b). Segundo, concupiscencia de los ojos refiere a toda curiosidad. "¡En cuán numerosos ámbitos se manifiesta dicha curiosidad! Se halla en los espectáculos, en los teatros, en los ritos diabólicos, en las artes mágicas (...) Pues ¡ay de ti si tu nombre no está inscrito en el cielo! ¿Acaso hay que decir: ¡ay de ti si no resucitas muertos, si no caminas sobre el mar, si no expulsas demonios!? Si recibiste la facultad de hacer estos prodigios, usa de ella con humildad, sin orgullo" (1,13). Tercero, ambición mundana implica el orgullo, la jactancia en los honores. "El hombre se cree grande o por sus riquezas o por cualquier otra forma de poder" (1,13b).

Las tentaciones no fueron un momento de la vida de Jesús, sino una sombra oscura que lo acompaña a lo largo de todo su trayecto histórico. Él fue triunfando sobre la historia del pecado, no desde afuera, en una distancia inalcanzable por los tentáculos de las tribulaciones, sino en sus propias tentaciones y en su carne (Tack, 1990). La grandeza de Jesús no está en no tener tentaciones, sino en secundarlas y aniquilarlas. "Dios, enviando a su propio Hijo en la carne semejante a la del pecado, y en orden a abolir el pecado, condenó el pecado en la carne" (Rom 8,3b). Una manera eficaz de secundar la concupiscencia del mundo es el auxilio de Jesús para permanecer en el amor de Dios:

> Al carecer de la concupiscencia del mundo, no os dominará ni el deseo de la carne, ni el deseo de los ojos, ni la ambición mundana, y haréis espacio a la caridad que llega a vosotros para que améis a Dios. Puesto que, si estuviese allí presente el amor del mundo, no lo estará el amor de Dios. Aferrad más bien el amor de Dios a fin de que, como Dios es eterno, también vosotros permanezcáis eternamente, pues cada cual es según es su amor" (Ep. Io. 2,14).

En algunos pasajes del evangelio según san Lucas se encuentra lo siguiente: "Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre. Él les dijo: yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo" (Lc 10,17-18). Y dice Jesús, "si yo expulso los demonios por el dedo de Dios, señal de que ha lle-

gado a vosotros el Reino de Dios" (Lc 11,20). Las tentaciones de Jesús de Nazaret consisten en la búsqueda, siempre fiel, de los pasos concretos que plasman históricamente la voluntad de Dios. De ahí que, lo fundamental para Jesús, no es la victoria sobre el maligno; sino la Vida Eterna según la voluntad del Padre de los cielos.

> Bien es verdad que, aunque esté sano el cuerpo, no está ya sano el espíritu si no antepone lo eterno a lo temporal, puesto que no se vive útilmente en el tiempo si no se negocia en méritos para la vida eterna. Luego no cabe duda de que todas las cosas que pueden desearse útil y convenientemente han de ser referidas a aquella vida en la que se vive con Dios y de Dios. Nos amamos a nosotros mismos justamente cuando amamos a Dios (Carta 130, 14).

El Maestro de Nazaret no exige a sus seguidores renunciar al Maligno, como hacían los rabinos de Qumrán (Miralles, 2014. pp. 245-255), sino que les pide la conversión y la fe en Dios. Tampoco advierte a sus discípulos de las fuerzas diabólicas, sino contra los movimientos del propio corazón que corrompen la vida (Mc 7,15); la avaricia que rompe la alianza con Dios y le hace miserable (Lc 6, 24-25), el ansia de poder y de gloria que potencian el orgullo (Mc10, 35-45).

La causa principal de los males en el mundo, actualmente, es la indiferencia a los planes salvíficos de Dios, la insensibilidad al sufrimiento de los otros, ausencia de solidaridad, falta de amor. En boca de los evangelistas, Jesús nos dice: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseo hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del aneto y del comino, y habéis descuidado lo más importan de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe!" (Mt 23,23). La falta de fe y la falta de caridad son los verdaderos malignos que debemos exorcizar en nuestras vidas (Chadwick, 2001). Por tanto, el grito de consuelo de los hijos de Dios hoy, es: ¡Padre Nuestro ayúdanos a no caer en la tentación y líbranos del mal!

Del mal ¡líbranos Padre!

En la connotación semántica del término "líbranos" se designa las siguientes determinaciones: cautiverio, cadenas y opresión, en sentido personal o social. Este significado de "líbranos" en la oración del Padre Nuestro es un grito de auxilio ante el mal; porque el mal esclaviza al ser humano. En efecto, en palabras cargadas de deseos y gemidos decimos a nuestro Padre de los cielos: "líbranos del mal" que resume todos los gemi-

dos insistentes de los hijos de la esperanza. Al respecto dice san Agustín: "son necesarias la palabras: ellas nos amonestan y nos permiten ver lo que pedimos, sin que se nos ocurra pensar que con ellas vamos a enseñar o a forzar al Señor" (Carta 130, 11), así pues:

> Cuando decimos no nos dejes caer en la tentación, nos exhortamos a pedirlo, no sea que, careciendo de la ayuda divina, sobrevenga la tentación y consintamos seducidos o cedamos afligidos. Cuando decimos "más líbranos del mal", nos invitamos a pensar que no estamos aún en aquel lugar bueno en que no padeceremos mal alguno. Y esto último que se dice en la oración dominical abraza tanto, que el cristiano sometido a cualquiera tribulación gime con esa fórmula, con ella llora, por ella comienza, en ella se para y por ella termina la oración (Carta 130, 11).

También en la literatura de los salmos bíblicos se encuentro el sentido del término "líbranos del mal", en sentido de súplica, consuelo y auxilio. Los salmistas en su concepción de la vida como un caminar en alianza con Dios injertan el mensaje de Dios en términos de socorro, de consuelo; a saber: "Guárdame del lazo que me han tendido, de la trampa de los malhechores" (Sal 141,9-10), "líbrame de los que me aborrecen y de las aguas sin fondo" (Sal 69,15); "Dios te librará de la red del cazador, de la peste funesta; con sus plumas te protege, bajo sus alas hallas refugio: escudo y armadura es su fidelidad" (Sal 91,3).

Por lo tanto, en y con la oración de los hijos de Dios se pide al Padre de los cielos, rico en misericordia y amoroso con sus hijos la protección y el auxilio. Él protege a sus hijos de los peligros, y señala siempre la dirección del Reino de los cielos. En ese sentido se cuenta la alianza de Dios con el profeta Isaías, "Yo, el Señor, te enseño para tu bien, te guío por el camino que sigues" (Is 48,17). Además, el infinitivo "librar" aparece siempre en un contexto de camino, movimiento y vida. Según san Agustín:

> En estas tinieblas de la vida presente, en las que peregrinamos lejos del Señor, mientras caminamos por la fe y no por la visión, debe el alma cristiana considerarse desolada, para que no cese de orar. Aprenda en las divinas y santas Escrituras a dirigir a ellas la vista de la fe como a una lámpara colocada en un tenebroso lugar hasta que nazca el día y el lucero brille en nuestros corazones. Como una fuente inefable de ese resplandor es aquella luz, que reluce en las tinieblas no la envuelven. Para verla hemos de limpiar nuestros corazones por medio de la fe (Carta, 130, 5).

La teología del camino en el Padre Nuestro implica una manera de andar orientado por la justicia, fe, caridad, verdad, y hermandad en la familia de Dios; superando así las fuerzas del egoísmo, de la violencia y del poder opresor. No obstante, el mal existe en la historia de las personas, en la historia de las naciones, y cada generación tiene su maligno contra el que debe protegerse mediante súplicas y gemidos al amparo divino, y por eso, con el auxilio del Espíritu Santo decimos: "líbranos del mal".

> El Espíritu Santo impulsa a interpelar a los santos con gemidos inenarrables, inspirándoles el deseo de esa tan grande realidad, que todavía nos es desconocida y que esperamos con paciencia. Pero ¿Cómo se narra lo que se ignora cuando se desea? Porque en verdad, si enteramente nos fuese ignorada, no la desearíamos. Y, por otra parte, si la viésemos, no la desearíamos ni la pediríamos con gemidos (Carta 130, 15).

El maligno de esta época ofende a Dios y humilla al ser humano, aparece bajo la figura del egoísmo individual y colectivo, en un sistema social oligárquico y excluyente, insolidario con la pobreza de las grandes mayorías. Este maligno apela al lucro, a los privilegios y al fortalecimiento del aparato estatal; mantiene aterrorizados a los hombres; a muchos de ellos, encarcelados, torturados, y muertos.

En esta cultura de muerte generada por las incomprensiones, intolerancias, impaciencias, y angustias de los seres humanos en nuestro ambiente vital, optemos por orar con gemidos y sin desanimarnos a nuestro Dios: ¡Padre Nuestro, líbranos del Maligno y de todo mal! Y así como san Agustín de Hipona, como heredero de los orantes de Dios, pidió la oración de intercesión a la destinataria de la carta 130, actualmente se ora al Padre de los cielos para no caer en tentación y ser liberados de hacer males en el mundo. En palabras del Hiponense, es la oración un medio de ayuda mutua para obtener la felicidad como hijos de Dios.

> No te olvides, en fin, de orar por mí con diligencia. No quiero un tal honor como el que me prestáis y llevo con peligro, si me habéis de sustraer la ayuda que yo tengo por necesaria. La familia de Cristo oró por Pedro y oró por Pablo. Celebro que vosotros os contéis en esa familia. Pero ya veis que necesito incomparablemente más que Pedro y Pablo de las oraciones fraternas. Rivalizad en éstas con una santa y concorde emulación, puesto que no rivalizáis unos contra otros, sino todos contra el diablo, enemigo natural de todos los santos. La oración recibe un poderoso refuerzo con el ayuno, las vigilias y toda mortificación corporal. Cada una de vosotras haga lo que pudiere. Lo que una no puede hacer

> lo hace por medio de la otra, si ama en ésta lo que hace y ella no puede hacer. Por lo tanto, la que menos puede no impida a la que puede más, ni ésta exija a la que puede menos. Porque todas debéis vuestra conciencia a Dios. En cambio, a ninguna de vosotras os debéis nada, sino la mutua caridad (Carta 130, 31).

En definitiva, estas suplicas de la oración del Padre Nuestro ¡no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal! encierran angustia y alcanzan el paroxismo del grito del ser humano al Padre de los cielos. Es más, ya no queda nada por pedir, pues se ha pedido todo. Una vez liberados del mal y del maligno, estamos prontos para gozar de la libertad de los hijos de Dios en el Reino de los cielos. Pero hay que vencer al mal, porque persiste aún en la historia y amenaza continuamente a los seres humanos "como León rugiente" (1Pe 5,8).

Conclusiones

Podemos decir que en el contexto de los seres humanos influyen multitud de males, conflictos, venganzas, muertes y situaciones que configuran su identidad en la sociedad, y posibilitan al hombre contemporáneo herramientas para desenvolverse en su campo de acción, ya sea en la ciudad, su barrio, o el lugar donde habita.

Se puede destacar de la descripción realizada sobre el ser humano frente a la concupiscencia al mal que este, en su búsqueda a través de la historia, se ha valido de diferentes herramientas para poder sobrevivir a los diferentes cambios que ha tenido la sociedad. Los núcleos que juegan un papel importante en el escenario vital del ser humano son: la familia, el grupo en el cual se desarrolla, la identidad que desarrolle con respecto a los medios de consumo, la influencia de la conflictividad del país, y el enfoque que él le haya querido dar a su vida: hacia el bien o hacia el mal.

El ser humano ha venido adoptando posturas frente al por qué del mal, a medida que ha avanzado la historia, todas éstas enfocadas más a la supervivencia y a ser ellos los que marquen la pauta en los diferentes campos de la sociedad; es así como se ha ido configurando una persona del siglo XXI más crítica sobre el sentido del sufrimiento y el consuelo divino; es un ser para el futuro que se preocupa un poco más por las cosas que pasan a su alrededor, con sed espiritual, inquietos por la verdad y que busca el amor de Dios.

No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal conlleva una doble dirección: hacia uno mismo y hacia Dios; es decir, descubrirse necesitado y valorar la ayuda de Dios. No huir, no engañarse, aceptar nuestra propia realidad, es situarse en esta línea de salida de este camino de oración, porque en el Padre de los cielos se encuentra protección, amparo, socorro; es la fuente inagotable donde reside la verdad, el amor y la vida.

Bibliografía

Agustín de Hipona, *Confesiones*. Obras de San Agustín. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1994.

– *In Epistolam Ioannis ad Parthos Tractatus Decem.* Obras de San Agustín. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1994.

– *Carta 130.* Nuova Biblioteca Agostiniana XXI, Cittá Nuova, Roma, 1972.

Soloviev, V., *La Justificación del Bien,* Ediciones Sígueme, Salamanca 2012.

Capánaga, V., *Agustín de Hipona. Maestro de conversión cristiana*, BAC, Madrid, 1974.

Chadwick, H., *San Agustín*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 2001.

Galindo, J. A., *El pensamiento de san Agustín para el hombre de hoy*, Edicep, Valencia, 2006.

Marrou, H., *San Agustín y el agustinismo*, Ed. Aguilar, Madrid, 1959.

Tack, T., (1990). *Si Agustín viviera,* Ediciones Paulinas, Madrid, 1990.

Enred Consultores S.L. (2000). La Sociedad de la Información en el siglo xxi: un requisito para el desarrollo. Recuperado de: https://www.itu.int/net/wsis/stocktaking/docs/activities/1103547250/sociedad-informacion-sigloxxi-es.pdf.